

ANTONIO MORENO CASAMITJANA: PROFETA DE NUESTRO TIEMPO

ANTONIO MORENO CASAMITJANA: PROPHET OF OUR TIME

Arturo Bravo¹

Universidad Católica de la Sma. Concepción, Concepción, Chile

Resumen

Estas páginas son un homenaje a Mons. Antonio Moreno Casamitjana, Arzobispo Emérito de Concepción y fundador de la Universidad Católica de la Sma. Concepción. Ellas buscan mostrar bíblicamente como puede ser considerado un profeta de nuestro tiempo.

Palabras clave: Homenaje, profetismo, fidelidad, Antiguo Testamento.

Abstract

The following pages are a tribute to Mons. Antonio Moreno Casamitjana, Archbishop Emeritus of Concepción and founder of the Universidad Católica de la Sma. Concepción. They intend to show biblically how he can be considered as a prophet of our times.

Key words: Tribute, Prophecy, Faithfulness, Old Testament.

Qué fácil y qué difícil es escribir sobre una figura como don Antonio. Fácil, porque fue un hombre íntegro, de una sola pieza, y, por tanto, los testimonios sobre él a lo largo de los años, repiten más o menos lo mismo. Difícil, a lo menos por tres razones, dos de ellas tienen que ver con él: la riqueza

¹ Doctor en Teología Bíblica. Profesor Adjunto en el Instituto de Teología de la Universidad Católica de la Sma. Concepción, Concepción - Chile. Correo electrónico: abravor@ucsc.cl

de su personalidad (biblista, pastor, andinista, motoquero) y su proverbial modestia, que convierte en una tarea ardua escudriñar lo que hizo. Y la tercera razón dice relación con quien escribe estas líneas, pues al describir una figura de la talla de don Antonio la primera reacción consiste en caer en la cuenta de la descomunal grandeza de mis propias limitaciones, expresión paradójica que, sin duda, haría sonreír a don Antonio, quien era, además, poseedor de un agudo, fino y certero sentido del humor, cuestión que sé por experiencia propia, pues en múltiples ocasiones fui una alegre víctima del mismo. Pero esta dificultad, constituye a la vez un desafío, una inspiración, pues nos muestra que aferrados a la gracia y a la misericordia de Dios, y siendo dóciles a su voluntad, también nosotros podemos transitar por los caminos de fidelidad que don Antonio recorrió con tanta naturalidad.

Como lo haría cualquier biblista, don Antonio preguntaría por las fuentes, las que son de dos tipos: él mismo y lo que otros dicen de él. ¿Las ocasiones? Tres homenajes que se le rindieron: el otorgamiento del grado académico honorífico de “Doctor Scientiae et Honoris Causa” por la Pontificia Universidad Católica de Chile en 1988; el otorgamiento del grado “Doctor Honoris Causa” por la Universidad Católica de la Santísima Concepción en 2007; y el libro homenaje coordinado por el Instituto de Teología de nuestra universidad titulado “Annuntiabo veritatem tuam. Estudios en homenaje a Monseñor Antonio Moreno Casamitjana” publicado el 2009. Es cierto, que el *Sitz im Leben* “homenajes” no es el más apropiado a la hora de sopesar la objetividad de lo dicho, pero quienes entregan sus testimonios son bastante ecuanímenes en sus apreciaciones y no se ve ningún elemento que pudiese ser calificado de “legendario” y que fuese necesario, por tanto, eliminar.

Empezaré con un testimonio contundente, contenido en parte de una carta que me envió desde la Ciudad del Vaticano, Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Jorge Medina, respondiendo a mi solicitud de participar en el número homenaje que esta revista Anales de Teología de la UCSC le dedicó con ocasión de su octogésimo cumpleaños², carta fechada 11 de febrero 2007, en la que dice: “Tengo la más profunda admiración por el Excmo. Monseñor Moreno, con quien me une una sincera amistad de casi sesenta años. Considero que ha sido una figura destacada del episcopado

² *An.teol.* 9.1 (2007).

chileno, especialmente porque en él se conjugan las calidades de una singular competencia en materia bíblica, una docencia responsable y exigente, un celo apostólico y misionero a toda prueba, una postura de fidelísima adhesión a la fe católica y a las orientaciones del Magisterio de la Iglesia, una modestia propia de quien posee la verdadera sabiduría, un juicio seguro y penetrante, una sinceridad ineludible y una austeridad de vida del todo ejemplar. Ha sido siempre un servidor de la Iglesia ajeno a ambiciones personales y en el ministerio episcopal ha demostrado un verdadero amor por la diócesis que le fuera confiada por el Papa Juan Pablo II. Una expresión de ese amor ha sido su estricta observancia de la ley de la residencia.

Entre las muchas cosas que alimentan mi gratitud hacia Monseñor Moreno quiero destacar dos. La primera, el apoyo que me brindó atendiéndome como confesor durante muchos años. Su consejo y orientación me fueron extremadamente valiosos. Un segundo hecho compromete mi agradecimiento hacia Monseñor Moreno, siendo yo Prefecto de la Congregación para el Culto Divino, le pedí, en dos ocasiones que me prestara su valiosa colaboración para revisar el texto castellano de dos leccionarios para la celebración de la S. Misa. Monseñor Moreno vino a Roma y trabajó con admirable dedicación en esa nada fácil tarea, en beneficio de las celebraciones eucarísticas en el área del Cono Sur”.

He querido poner en primer lugar esta cita por dos razones. La primera, sintetiza muy bien los rasgos de la personalidad de don Antonio, rasgos que también son destacados en otros testimonios. La segunda, es una carta privada, cuya primera finalidad no es ser publicada; no tiene, por tanto, el carácter de una “Laudatio”, discurso dirigido explícitamente a exaltar las virtudes del homenajeado en una ceremonia oficial, en el que se pudiese filtrar algún exceso retórico, propio del género, de ahí que la carta citada tenga un alto valor testimonial.

1. El doctorado “Honoris causa” de la PUCCh

1.1. Las presentaciones

a) El Pbro. Eliseo Escudero, Decano de la Facultad de Teología, en su intervención con ocasión del otorgamiento del Doctorado Scientiae et Hono-

ris Causa por la PUCCh, verbaliza tres principios esenciales a este tipo de doctorados. El primero, “me atrevería a afirmar que los que llegan a recibir esta distinción no la necesitan ni como estímulo para seguir en su labor, ni como reconocimiento de los logros obtenidos. Suelen ser hombres que se han entregado apasionadamente a la búsqueda de la verdad, por ella misma, siendo ésta el acicate más estimulante, y su posesión el premio que les produce las mejores satisfacciones”. El segundo, sigue inmediatamente al anterior: “Es la Universidad la que necesita este tipo de celebraciones en honor de sus mejores hombres. En ellos ve cumplidos sus más altos ideales, y son los modelos con los que necesita que se identifiquen las generaciones de profesores jóvenes”. Por último: “También lo necesita la Iglesia para que, fiel a sus tradiciones de estima y compromiso del clero con la cultura y las ciencias sagradas, no se olvide de responder al presente desafío de la evangelización de la cultura, especialmente de aquella que se gesta en los centros de más alto nivel e influencia en la sociedad, como es la Universidad”³.

En relación a don Antonio, el Decano Escudero, resalta dos obras fruto de su lúcida iniciativa, la revista “Teología y Vida”, hoy en la categoría ISI, y el Curso de Teología para Laicos que ha formado a centenares de laicos de la Iglesia de Santiago.

Realza también su celo académico, al decir que en los cursos de idiomas bíblicos “siempre había pocos alumnos interesados, podían ser 4, 2 ó 1. No era el número lo que importaba al profesor, bastaba uno con voluntad de aprender, con pasión por el estudio, y su tiempo estaba disponible para él”⁴, situación que experimenté en carne propia cuando fui su único alumno en el ramo de Griego Avanzado II. La clase la teníamos en su oficina y, a pesar de sus múltiples ocupaciones, jamás faltó durante el semestre a la clase que apenas contaba con un único alumno.

No podía el Decano dejar de mencionar una cualidad tan propia del homenajeado como escasa en este ámbito: “una síntesis poco común de

³ E. Escudero, “Intervención del Decano de la Facultad de Teología, Pbro. Eliseo Escudero Herrero, en el acto de Colación del Grado Honorífico del Doctorado Scientiae et Honoris Causa, a Mons. Antonio Moreno C., el día 30 de noviembre de 1988”, en: “Anunciaré tu Verdad. Homenaje a los profesores Antonio Moreno y Beltrán Villegas”, *Anales de la Facultad de Teología* Vol. XXXIX (1988), 17.

⁴ *Ibid.*, 18.

dedicación al estudio con todo el rigor científico, combinado por un notable esfuerzo personal, con una labor pastoral muy fecunda que ha abarcado desde minorías más cultivadas en círculos bíblicos, hasta la atención pastoral dominical en la Población José María Caro en Conchalí, y durante varios años en períodos semestrales en la parroquia alejada de Rolecha en la Arquidiócesis de Puerto Montt⁵. Es por esto que le aplica con toda justicia el elogio que hace Jesús del maestro de la ley en Mt 13,52: “Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de su arca cosas nuevas y cosas viejas”.

Además, hace mención a su faceta de montañista: “Él, un trabajador incansable, no se da tregua, tiene un caminar de tranco largo, siente la urgencia de llegar muy arriba, sus logros en la conquista de las alturas de los Andes son un signo por alcanzar las más altas cimas del Espíritu⁶”.

Por último, menciona sus actitudes permanentes, reconocidas y repetidas también por otros testigos, como se verá: “laboriosidad, austeridad y sencillez de vida, su amor a la verdad, su consecuencia entre el decir y el hacer, su entrega a las personas y labor pastoral, antes como sacerdote y ahora como Obispo, constituyen un testimonio que cuestiona al que está cerca de él, si quiere y sabe ver⁷”.

b) También, y cómo no, en esa ocasión elaboró una breve pero contundente semblanza, su gran amigo, el ya mencionado Cardenal Medina, quien afirma que “los rasgos de su acusada personalidad son definidos: no es un hombre que deja dudas o incertidumbre; tal vez no haya característica más opuesta a él que la ambigüedad. Hombre de una pieza, de pensamiento claro y definido. Sabe lo que es matizar, pero sabe también decir sin ambages lo que piensa, así no haya a su lado nadie que lo apoye⁸”. Esta afirmación constituye un pilar del carácter profético de Mons. Moreno y que explicitaré más adelante. Hacia el final de su semblanza, menciona su modestia, reciedumbre y austeridad, rasgos que constituyen un común denominador en los diversos testimonios acerca de su persona.

⁵ Ibid., 19.

⁶ Ibid.

⁷ Ibid.

⁸ J. Medina, “Mons. Antonio Moreno Casamitjana” en: “Anunciaré tu Verdad. Homenaje a los profesores Antonio Moreno y Beltrán Villegas”, *Anales de la Facultad de Teología* Vol. XXXIX (1988), 29.

Ambos comentadores refieren el hecho, no menor, de que la Sede Apostólica lo haya escogido para ser uno de los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica⁹, agregando el Card. Medina lo siguiente: “Un día, fiel a su inflexible honradez, juzgó que ya no podía trabajar allí como debía, y renunció”¹⁰. Muestra de su humildad, añadiría yo, y que me recuerda por las razones esgrimidas y manteniendo las proporciones, la renuncia de Su Santidad Benedicto XVI, comparación que me atrevo a hacer en este “in memoriam”, pues, en vida de don Antonio me habría convertido en destinatario de un llamado de atención suyo por su proverbial modestia, comparación, en todo caso, que considero plenamente ajustada.

1.2. La respuesta

Del discurso con que Mons. Moreno recibió este grado honorífico¹¹ quisiera resaltar en primer lugar algo que he mencionado recién, su modestia, además que esa actitud se encuentra ya al principio del discurso: “Que esa enseñanza sea suficientemente sólida como para aguantar el pesado título de doctor, es algo que cae evidentemente bajo el juicio de quienes deciden otorgarlo. Yo lo recibo con gratitud y con una íntima sensación –en la que no me parece del caso insistir- de que ha sido otorgado con la benevolencia de la amistad. De manera que si la solemnidad del título me produce algún rubor, la amistad que me lo concede me enorgullece”¹².

Luego se refiere a su vocación bíblica dando cuenta de su acendrada fe en la providencia divina: “Si algo surge nítidamente en mi conciencia, en esta ocasión, es que los planes del Señor son totalmente suyos. En realidad, ¿quién podría trazárselos de antemano? ‘Adondequiera que te envíe

⁹ Cf. “Anunciaré tu Verdad. Homenaje a los profesores Antonio Moreno y Beltrán Villegas”, *Anales de la Facultad de Teología* Vol. XXXIX (1988), 19.29-30.

¹⁰ J. Medina, “Mons. Antonio Moreno Casamitjana” en: “Anunciaré tu Verdad. Homenaje a los profesores Antonio Moreno y Beltrán Villegas”, *Anales de la Facultad de Teología* Vol. XXXIX (1988), 30.

¹¹ Ver A. Moreno, “Palabras de Mons. Antonio Moreno al recibir el grado académico Doctor Scientiae et Honoris Causa”, en: “Anunciaré tu Verdad. Homenaje a los profesores Antonio Moreno y Beltrán Villegas”, *Anales de la Facultad de Teología* Vol. XXXIX (1988), 21-27.

¹² *Ibid.*, 21-22.

irás' (Jer 1,7). Ese 'adondequiera' implica que el destino le será indicado a uno en cada momento. Y de verdad siento como si hubiese sido llevado, más que habiendo hecho planes o proyectos de vida. El mismo hecho de mi dedicación al estudio y a la enseñanza de la Sagrada Escritura no fue sino el resultado de circunstancias totalmente ordinarias y hasta irónicas. Por cierto no planificadas... Sin embargo, es sorprendente cómo, al cabo de los años, los acontecimientos, las decisiones tomadas o aceptadas van cobrando un sentido; va apareciendo una 'intención' general de la que, en fin de cuentas, uno mismo es el resultado. Doy gracias a Dios por el don de la fe que es la que permite descubrir en el fondo de la propia vida una verdadera intención personal y paternal"¹³.

En seguida, hace un breve balance sobre lo que fue su enseñanza en treinta y tres años de docencia en la Facultad de Teología, actividad realizada según las necesidades de docencia en esa institución que lo llevaron a moverse entre temas de creación, éxodo, profetas y profetismo. Este balance lo realiza utilizando como criterio una especie de principio que ha establecido al comienzo de su discurso: "En treinta y tantos años de docencia uno ha enseñado muchas cosas. Sin embargo surge la sospecha de que en el fondo cada profesor enseña unas cuantas cosas importantes que son, por lo demás, las que van como informando la propia vida del enseñante. Al menos es lo que voy descubriendo al llegar al final de mi carrera docente"¹⁴. Una de esas "cuantas cosas" es la gran pregunta que se hace Israel por la vida, por la felicidad: "Esa preocupación por la vida y la felicidad es la que se encuentra ya en el regateo de Abraham por la vida de sus parientes y en la lucha de Jacob por la bendición"¹⁵, tema que aparece en continuidad con el Nuevo Testamento, pues "a esa preocupación viene a responder Jesucristo con sus llamados a la bienaventuranza y sus consejos para salvar la vida"¹⁶.

Tal preocupación, tan humana por lo demás, la encuentra sintetizada magistralmente en los versículos conclusivos del código deuteronomico: "Yo reconozco que los versículos del Deuteronomio que cierran el Código han sido muy importantes en mi comprensión del Antiguo Testamento:

¹³ Ibid., 22.

¹⁴ Ibid., 21.

¹⁵ Ibid., 24.

¹⁶ Ibid.

‘Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia..., te pongo delante la vida o la muerte, la bendición o la maldición’ (30,5-19). Me doy cuenta de que estas palabras salen en mis cursos a propósito de casi cualquier tema”¹⁷.

Explica a continuación la razón por la que ese texto lo ha cautivado, razón que nos devela no sólo su forma de pensar o *forma mentis* sino su personalidad: “Pienso que es posible que Dt 30,15ss me atraiga tanto por su manera clara, tajante, de plantear la disyuntiva más fundamental para el hombre: vida o muerte, felicidad o desgracia (que es una manera de traducir la densidad de los términos bien conocidos por el árbol del Jardín del Edén: bien y mal). Es posible también que en esa atracción juegue un resabio de la primera formación escolástica, de la que recuerdo el esfuerzo intelectual por reducir las cuestiones al primer principio de identidad o de contradicción. Algo no puede ser y no ser al mismo tiempo y en el mismo sentido. No se puede afirmar y negar al mismo tiempo el mismo objeto formal. En ese sentido más fundamental las cosas simplemente son o no son”¹⁸. Esto, evidentemente, no significa que la realidad sea así: “Las personas (y lo que de ellas procede) no son simplemente blanco o negro; en nuestras vidas el bien y el mal, la felicidad y la desgracia no se dan en estado puro; la vida y la muerte están en nosotros todavía muy entrelazadas”¹⁹. No se trata, pues, de una mirada que no conoce matizaciones, lo que, por lo demás, sería muy ajeno a su finura intelectual. Pero a pesar de esta recíproca imbricación de las diversas dimensiones, se pueden distinguir actitudes básicas: “Todo esto es verdad, pero en el fondo de todo hay siempre un *sí* o un *no*. Es lo que percibe el Deuteronomio. También los profetas. Y la verdad es que no me siento cómodo mientras no se pueda llegar a ese como primer principio al que... todas las demostraciones reducen sus conclusiones. En el plano de la historia de la Salvación, eso significa saber si algo conduce a la vida o a la muerte, a la felicidad o a la desgracia. Desde ahí puedo entender y aceptar todos los matices, los más y los menos, las luces y las sombras. Desde ahí concibo todo tipo de diálogos”²⁰. En estas

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Ibid., 25.

¹⁹ Ibid.

²⁰ Ibid.

breves, sobrias y no por ello no menos profundas líneas ha descrito la clave de su forma de pensar y de ser. Y precisamente en esto consiste una de las características más propiamente humanas: descubrir en la realidad que es constitutivamente enmarañada, los principios que la articulan.

Y esto, que por muchos podría equivocadamente ser considerado un mero ejercicio teórico, especulaciones inútiles, repercute profundamente en la vida práctica, porque de esta forma de pensar brota una forma de ser, una forma de ubicarse en el mundo: “Digo que esto me lo pide [el establecimiento de ese primer principio] mi propia comodidad intelectual, y siento mucho que, por buscarla, a veces cause incomodidades ajenas, cosa que está muy lejos de mi intención. Pero es que, francamente, encuentro que hoy día, y también en el mundo cristiano, se hace común una cierta ambigüedad en el lenguaje. Y no pretendo ser original al advertirlo... ¡Y es sorprendente lo dura que puede resultar la empresa de dar a las palabras su sentido! ¡Incluso lo duro que puede resultar intentar que quienes hablan expliciten el sentido en el que emplean las palabras! Lo que, al fin de cuentas, tal vez no es tan extraño: los profetas ya se lamentaban de la profunda perturbación que se esconde bajo la práctica de llamar bien al mal y viceversa (siempre la preocupación por el bien y el mal!). Confusión que no es puramente semántica, y que resulta sospechosamente cómoda, porque permite que el pueblo de Dios baile hacia los dos lados como Israel en el Monte Carmelo. El problema del sentido de las palabras no es secundario”²¹. Las palabras, entonces, pueden ayudar a comunicarnos pero también a confundirnos, a engañarnos. Y me parece que, a tenor de lo dicho, luchar por clarificar el sentido de las palabras, por llamar a las cosas por su nombre, es una tarea profética. Con lo que pongo otro pilar para la caracterización que he hecho en el título de don Antonio como un profeta de nuestro tiempo.

Al final de sus palabras, da cuenta de las razones que lo llevaron a escoger su lema episcopal en los siguientes términos: “Al pensar en el lema episcopal caí en la frase del Ps 89 ‘anunciaré tu *’emunah* de generación en generación’. En realidad, después de haber colocado en el recordatorio de mi primera tonsura ese texto que expresa la aspiración y la preocupa-

²¹ Ibid., 25-26.

ción del que se siente llamado a entrar al Monte de Yahveh, a su presencia (‘¿Quién subirá al Monte de Yahveh? ¿Quién podrá estar en su lugar santo?’ Ps 24); y después de haber recibido el sacerdocio con el temor que, para tranquilidad mía, ya habían experimentado Moisés, Josué y los profetas, ese temor que no se supera si no es por la garantía de que Yahveh asegura su presencia (‘no temas, ten valor, porque Yahveh tu Dios irá contigo adondequiera que tú vayas’ Jos 1,9) ahora, a estas alturas de la vida sentía que no podía hacer otra cosa que anunciar la ‘fidelidad’ de Dios, que ha cubierto todas las infidelidades mías.

Pero, además, esa *’emunah* fue traducida por la Vulgata como ‘veritas’ (annunciabo veritatem tuam). Y esa posibilidad de doble sentido me sedujo. Doble sentido que no es ambigüedad, sino que significa que si Dios nos ha hecho capaces de buscar la verdad es para que nos dejemos atraer por ella sabiendo –nosotros los cristianos- que al final nos vamos a encontrar con la fidelidad de Dios que nos atrae a la vida. Y para que entendamos, por otra parte, que es solamente el amor de Dios el que puede sostener nuestra búsqueda de la Verdad que encamina a la Vida”²².

Termina indicando que precisamente ésa es la razón de ser de esa casa de estudios, lo que en realidad se podría aplicar a cualquier universidad católica que se precie de tal, y dando muestras una vez más de su fe y de su modestia, concluye: “A ello y al ejemplo de tantos que la hicieron realidad en sus vidas, debo yo, en una medida sin duda importante, haber podido responder menos mal a la vocación que el Señor ha querido ir desplegando tan sorprendente como inmerecidamente delante de mí”²³.

2. El doctorado “Honoris causa” de la Universidad Católica de la Sma. Concepción

2.1. La presentación

La *Laudatio* estuvo a cargo del Prof. Dr. Juan Carlos Inostroza, Director del Instituto de Teología de esta casa de estudios superiores. En ella hay, evidentemente, muchos puntos ya referidos por el P. Eliseo Escudero y el

²² Ibid., 27.

²³ Ibid.

Card. Jorge Medina. Luego de una breve reseña de sus estudios y de su actividad académica, aparece, una vez más, este rasgo tan propio de don Antonio, constituido por la convergencia de lo académico con lo pastoral: “Pero este académico, apasionado investigador de la Escritura y riguroso profesor universitario, no se agotaba en la vida académica. Su ministerio sacerdotal lo llevaba diariamente a las poblaciones de Santiago. Esta faceta pastoral alcanza su mayor expresión misionera cuando en 1972 decide ayudar a la diócesis de Puerto Montt, por aquella época muy falta de personal. Allí dedica cada año un semestre completo a ejercer el ministerio sacerdotal en medio de los Huilliches. Esta cercanía misionera y apostólica con el mundo indígena, como prolongación de aquella previa sensibilidad con los barrios obreros y marginales de la capital, madurarán uno de los rasgos pastorales más propios y típicos de este sacerdote: la sencillez y empatía pastoral, disponibilidad y cercanía a toda prueba, unida a una clara solidez doctrinal. Entre Santiago y Puerto Montt, entre las aulas y pasillos universitarios y la digna sencillez de los hogares Huilliches, transcurrieron más de diez años de ministerio sacerdotal y académico”²⁴.

A continuación, el Dr. Inostroza refiere dos obras que nos atañen directamente. En primer lugar, desde la perspectiva cronológica: “A poco de llegar a Concepción, una ciudad de claro carácter universitario, impulsa con renovado vigor el Programa de Diplomado en Estudios Teológicos, en el marco de la entonces todavía Sede Talcahuano de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En este Programa fue profesor hasta 1996”²⁵.

Y luego, su gran obra, la creación de nuestra universidad: “Tras recibir la noticia de la decisión de la Pontificia Universidad Católica de Chile de desprenderse de la Sede Talcahuano, y habiéndose convencido de que la voluntad de Dios era que la Arquidiócesis asumiera el desafío de crear una Universidad Católica diocesana, procedió con la consecuencia y decisión de un servidor fiel a fundar la que desde ese momento, 10 de julio de 1991, será la Universidad Católica de la Santísima Concepción”²⁶.

²⁴ J.C. Inostroza, “Laudatio en elogio del Excmo. y Revmo. Mons. Antonio Moreno Casamitjana”, en: P. Uribe – J.C. Inostroza (coordinadores), *Annuntiabo veritatem tuam. Estudios en homenaje a Monseñor Antonio Moreno Casamitjana*, Editorial Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción 2009, 17-18.

²⁵ *Ibid.*, 19.

²⁶ *Ibid.*

2.2. *La respuesta*

La distinción le fue entregada en el aniversario décimo sexto de la universidad fundada por él, por lo que al principio de su discurso de agradecimiento menciona que lo que hizo fue seguir la voluntad de Dios al afirmar que este proyecto “se presentaba con signos muy claros de ser lo que Dios quería como parte e instrumento de primer orden en la tarea que corresponde a esta Iglesia local en tiempos actuales”²⁷. Seguidamente indica la finalidad de esta institución: “Tarea que convoca especialmente a los laicos cristianos de vocación universitaria, para hacer presente en un mundo que busca certezas que permitan –con la ayuda de todo lo que la inteligencia humana puede descubrir y desarrollar en el campo de las ciencias y las técnicas- cumplir las justas aspiraciones a un desarrollo respetuoso de los auténticos valores humanos para que así reinen la justicia, la solidaridad frente a todo ser humano y la paz”²⁸.

Luego, tal como hizo en las palabras con que recibió el anterior doctorado, realiza un breve recorrido por los textos bíblicos que más influyeron en su comprensión del mensaje bíblico que, fundamentalmente, es mensaje de salvación que adquiere su forma definitiva en Jesucristo: “Esta palabra de Dios que comienza con la creación del mundo y del hombre y que culmina en Jesucristo y en su Iglesia, depositaria del Espíritu de Dios que continúa impulsando la historia hacia la restauración universal del hombre y del universo, cuando Dios hará nuevas todas las cosas (Ap 21,5)”²⁹.

Empieza citando Gén 1,1: “En el principio creó Dios el cielo y la tierra”. Texto, dice, importante en cuanto establece la diferencia entre Dios y la naturaleza. Desmitologiza la naturaleza y libera al hombre de ser esclavo de ella. Las fuerzas naturales no son deidades: “Se puede decir, pienso, que esta frase contiene la afirmación liberadora por excelencia para el hombre. No hay nada bajo el cielo a lo que el hombre, cualquier hombre por el simple hecho de ser tal, deba estar sometido”³⁰.

A continuación, menciona el texto del Deuteronomio 30,19: “Escoge la vida”, ya citado en su anterior discurso. Aquí insiste en que ante la alterna-

²⁷ Ibid., 24.

²⁸ Ibid.

²⁹ Ibid., 25.

³⁰ Ibid., 27.

tiva de vida y bien, y de muerte y mal en que Dios coloca al pueblo, Moisés los exhorta a que escojan la vida para que vivan ellos y su descendencia (cf. Dt 30,15), exhortación que manifiesta que “eso es lo que Dios quiere para el hombre. Si se hace presente la desgracia y la muerte en la familia humana, no será por una reacción punitiva de Dios sino el fruto de una falsa elección del hombre que se niega a aceptar preceptos morales que, es verdad, trascienden su propia voluntad, pero porque son un don, una gracia de Dios”³¹.

El tercer texto citado es “¡Danos un rey que nos salve!” (1Sam 8,5.20). Ante las amenazas bélicas de pueblos vecinos, en especial de los filisteos, los jefes de tribu piden a Samuel que les dé un rey, tal como los que tenían los demás pueblos. El deseo será concedido, aunque siempre hubo corrientes opuestas a la monarquía en Israel, pero con ciertas limitaciones que distingue este tipo de monarquía de las vecinas. En Israel el rey no tiene categoría divina y debe regirse por la Ley de Dios como cualquier otro miembro del pueblo, mejor dicho, debe ser modelo de obediencia a la Ley de Dios: el rey israelita ha de ser un modelo de piedad y de justicia. Así, la fe yahvista ha purificado esta institución humana de todo lo que “conlleva efectos deshumanizadores. En el caso de la jefatura y de lo que ella representa -lo que hoy llamamos el Estado-, se trata -como ya lo veía el Deuteronomio- de superar la tentación de colocarse en el nivel superior propio de quien dicta la norma moral, sin más criterio que el poder puesto al servicio de una propia ideología o de un propio proyecto humano”³².

Finalmente, cita Ap 22,20, penúltimo versículo del libro, donde las palabras que cierran el libro aparecen como palabras de Jesucristo quien “sella con su testimonio ‘todo esto’ (22,20); es decir, no sólo lo que está escrito en el Apocalipsis, sino todo lo que Dios ha querido revelar al hombre para su salvación. Y esa palabra última de Dios por medio de Jesús, es ‘Sí, vengo pronto’. Y la Iglesia, la Esposa de Cristo que vive esperando su venida responde, ‘Amén’. Los cristianos vivimos de la fe en que las promesas que Dios nos ofrece en Cristo muerto y resucitado, se cumplirán en toda su plenitud”³³. La finalidad de la revelación es la salvación del hombre, cuyo momento culmen lo constituye Jesucristo, cuya segunda venida o parusía

³¹ Ibid., 29.

³² Ibid., 31-32.

³³ Ibid., 35.

la Iglesia espera anhelante. Pero no se trata de una espera pasiva sino activa: “Cristo ya vino, ya asumió nuestra condición humana, ya cargó con ella hasta la muerte y resucitó y nos dio el Espíritu que nos hace morada del mismo Dios en el mundo (Jn 14,23). Es imposible que este misterio de la gracia de Dios no nos convierta en fermento y luz de un mundo en el que las estructuras justas jamás serán completas de modo definitivo, debido a la constante evolución de la historia. El papel del cristiano será trabajar en ese constante renovarse y actualizarse que es la historia de la humanidad, como portadores y testigos del ethos político y humano que es condición de la presencia y la eficiencia de la justicia y del amor en nuestras sociedades”³⁴, ethos que supone la presencia de Dios, la amistad con su Hijo y la luz de su Palabra.

En este trasfondo es donde entra en juego el rol de la universidad católica: “A la luz de lo dicho resulta evidente que forma parte principalísima de la tarea de la Universidad Católica formar esos ‘líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas’, que el Papa [Benedicto XVI] advierte ‘notablemente ausente, en el ámbito político, comunicativo y universitario’ en este continente de bautizados”³⁵.

3. Discurso de agradecimiento por el libro homenaje del Instituto de Teología

En el año 2009, el Instituto de Teología de nuestra universidad publicó un libro homenaje “Annuntiabo veritatem tuam. Estudios en homenaje a Monseñor Antonio Moreno Casamitjana”³⁶. En el discurso de agradecimiento a este homenaje, don Antonio, luego de los reconocimientos de rigor, comenta la elección de su lema episcopal, que se utilizó como título del libro. En ese comentario aparecen claramente expresados dos rasgos característicos de su persona que ya han sido mencionados: su modestia y su

³⁴ Ibid., 35-36.

³⁵ Ibid., 36.

³⁶ P. Uribe – J.C. Inostroza (coordinadores), *Annuntiabo veritatem tuam. Estudios en homenaje a Monseñor Antonio Moreno Casamitjana*, Editorial Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción 2009.

total entrega a la voluntad de Dios, a su providencia, a su gracia: “Recuerdo bien la elección de este lema. Lo adopté, en verdad, sin pensarlo mucho. La frase de ese versículo me vino a la mente cuando supe que debía escoger un lema que expresara el sentido que para mí tenía la misión que Dios me encomendaba con el llamado al episcopado. Por supuesto conocía mis limitaciones. Confiaba en la gracia de Dios. Pero seguramente participaba en algo de la ingenuidad de los dos apóstoles, hijos de Zebedeo, que se entusiasmaron con la idea de colaborar muy de cerca con Jesús, y a los que Él les preguntó: ‘¿Pueden beber del cáliz que yo voy a beber?’ Ellos pensaban que sí, y Jesús les dio la seguridad de que lo harían, pero al final. Porque, en realidad, es al final después de haber sentido algunos miedos y haber caído en algunas negaciones (como les sucedió a los apóstoles) cuando se está en condición, por la gracia de Dios y con el apoyo del Paráclito, recibido como don del Señor, de dar fe de que Dios es ‘verdadero’; es decir, que Él es ‘firme’, ‘sólido’, ‘leal’, ‘fiel’ en lo que ÉL ES: en su Amor de misericordia... El amor de Dios (su... *jésed*) es su ‘verdad’, a la que no cabe otra respuesta del hombre que decir, con todo el corazón, con toda la mente, con toda la vida: Amén, eso ‘es’ de verdad, sobre eso puedo apoyarme con todo mi ser, con toda mi vida”³⁷. Y el anunciar esta verdad constituye la misión de la Iglesia y, por ende, la de la universidad católica.

A continuación da una breve explicación sobre el nombre dado a la universidad “De la Santísima Concepción”. Dice que con él “quisimos significar que la Universidad quiere identificarse plenamente con su vocación ‘original’. Una vocación cristiana que hunde sus raíces en el ‘sí’ de María que es la respuesta consciente y libre a una vocación única.

Con la Concepción Inmaculada de María comienzan a cumplirse las promesas que Dios había hecho a los hombres, dando así la razón a quienes habían confiado en ellas”³⁸. El gran proyecto de amor de Dios consiste en “hacer al hombre de barro participe de su vida divina”³⁹.

Termina este discurso con un párrafo extraordinario, en el que nuevamente, como si hubiese aplicado inconscientemente el recurso literario bíblico llamado “inclusión”, que consiste en marcar una unidad literaria

³⁷ A. Moreno, “Anunciaré de generación en generación tu verdad”, *An.teol.* 12.2 (2010) 395.

³⁸ *Ibid.*, 396.

³⁹ *Ibid.*

repetiendo la misma formulación o idea al principio y al final de tal unidad, aparecen nuevamente las características que mencioné más arriba, su modestia y entrega a la voluntad de Dios: “Este libro es una muestra de los frutos que está produciendo una decisión que me tocó tomar... ante la evidencia de que la voluntad de Dios era que lo hiciera: crear esta Universidad que hoy nos congrega. Estos frutos -según la imagen bíblica- siempre son muy superiores, más importantes y valiosos que el sencillo acto de sembrar la semilla; acto que, con el inexorable correr del tiempo, se ve cada vez más difuso y menos relevante. Como realmente es.

Gracias a todos por recordarlo aún con tan generosa amistad”⁴⁰.

4. Conclusión: Don Antonio un profeta de nuestro tiempo

De lo expuesto se podrían desarrollar varios elementos, varias facetas de su riquísima personalidad, lo que dejo a consideración de los lectores. Lo que a mí me interesa relevar son los rasgos proféticos de don Antonio, y con ello me refiero a cómo se manifestó y entendió el profetismo en el Antiguo Testamento. Dicho de otra forma, justificar mi afirmación de que don Antonio es un profeta de nuestro tiempo. A lo largo de la exposición he marcado algunos puntos, los que ahora recojo y complemento. Para ello haré una referencia breve a lo concerniente a Mons. Moreno, a fin de evitar las repeticiones, y estableceré el paralelo correspondiente con figuras y/o actitudes proféticas.

Un primer rasgo, lo constituye la conciencia de sus propias limitaciones que conlleva una sensación de pequeñez ante la tarea encomendada, como aparece manifiesto en el texto bíblico que escogió para su primera tonsura tomado del Sal 24: “¿Quién subirá al monte de Yahveh? ¿Quién podrá estar en su lugar santo?”, texto que como él mismo ha dicho “expresa la aspiración y la preocupación del que se siente llamado a entrar al Monte de Yahveh, a su presencia”⁴¹. Anhele y preocupación, dos sentimientos que expresan la estructura paradójica del ser humano, su desfase, pues anhela bastante más de lo que puede alcanzar por sus propios medios, la inmor-

⁴⁰ Ibid., 400.

⁴¹ Cf. supra.

talidad, por ejemplo. Paradoja-desfase que se muestra sobre todo en la relación con Dios, en el presente caso, en cuanto que se siente llamado a su presencia y la anhela, pero le llena de preocupación su propia indignidad. Luego, al recibir el sacerdocio dice que ese ministerio lo recibió “con el temor que, para tranquilidad mía, ya habían experimentado Moisés, Josué y los profetas”⁴². Es cierto que no se trata de un rasgo exclusivamente profético, pero se da en varios de ellos. Un gran ejemplo lo constituye el profeta Jeremías, quien ante el llamado de Dios que lo constituye en profeta de las naciones, le responde: “¡Ah, Señor, mira que no sé hablar, pues soy un niño” (Jer 1,6). También el gran profeta Isaías, ante la manifestación de Dios en el Templo en el contexto de su vocación reacciona diciendo: “¡Ay de mí que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros... y he visto con mis propios ojos al Rey y Señor Todopoderoso” (Is 6,5). Ante la visión del Dios santo lo primero que salta a la conciencia de Isaías es su propio pecado.

El segundo rasgo profético está íntimamente unido al primero, es como la otra cara de una misma moneda: la conciencia de las propias limitaciones es superada por la absoluta confianza en la promesa de la asistencia divina para la ejecución de esa tarea. Dicho de otra manera, una entrega total, sin reservas, a la voluntad de Dios y a su providencia. Ya lo decía al hablar del temor que experimentó al recibir el sacerdocio, donde continuaba diciendo: “ese temor que no se supera si no es por la garantía de que Yahveh asegura su presencia (‘no temas, ten valor, porque Yahveh tu Dios irá contigo adondequiera que tú vayas’ Jos 1,9)”⁴³. Posteriormente, cuando le tocó asumir el episcopado decía: “Por supuesto conocía mis limitaciones. Confiaba en la gracia de Dios”⁴⁴. Ante la desproporción entre las propias limitaciones y la tarea encomendada surge la promesa divina de acompañamiento y soporte. En el caso que hemos visto del profeta Jeremías, ante su temor, el Señor replica con la promesa de su ayuda: “No digas: ‘Soy un niño’, porque irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene. No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para librarte” (Jer 1,7-8).

Un tercer rasgo, avalado por la unanimidad de los testigos, es su coherencia entre el decir y el hacer que se manifestó en su laboriosidad, auste-

⁴² Cf. supra.

⁴³ Cf. supra.

⁴⁴ Cf. supra.

ridad y amor ineludible a la verdad. Es ese amor el que lo lleva a buscar apasionadamente la voluntad de Dios, a estar siempre atento para dejarse encontrar por Él y, una vez descubierta, realizarla lo más fielmente posible. No se puede descubrir la verdad, que en última instancia es amor, y no anunciarla. El profeta Amós dice: “Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor, ¿quién no profetizará?” para mostrar lo inexorable del anuncio una vez que se ha recibido el mensaje. Esto es lo que don Antonio encarnó en su vida y en sus palabras. Fue, tal como dicen quienes dan testimonio de él, un hombre íntegro, de una sola pieza, sin dobleces, quien, tal como los profetas, decía lo que tenía que decir directamente, sin rodeos, asumiendo el costo de lo que esto significaba. No se puede traicionar el mensaje acomodándolo a las propias conveniencias. La verdad exige el compromiso con ella misma y no con lo políticamente correcto. Aquí es donde encuentra su lugar aquello de llamar a las cosas por su nombre. Hemos visto esa preocupación intelectual “por reducir las cuestiones al primer principio de identidad o de contradicción”⁴⁵, cuestión que no significa desconocer las matizaciones pero que tiene el valor de llevar a descubrir las actitudes básicas que se encuentran como motor de los comportamientos y acciones. Aquéllas permiten juzgar y ponderar éstos. Y lucha práctica, que se desprende de lo anterior, por clarificar el lenguaje, pues el lenguaje ambiguo termina por confundir el bien con el mal, cuestión que él mismo lo relaciona con los profetas y con lo difícil de esta tarea: “los profetas ya se lamentaban de la profunda perturbación que se esconde bajo la práctica de llamar bien al mal y viceversa (isiempre la preocupación por el bien y el mal!). Confusión que no es puramente semántica, y que resulta sospechosamente cómoda, porque permite que el pueblo de Dios baile hacia los dos lados como Israel en el Monte Carmelo”⁴⁶. Existen también esos falsos profetas, contra los que se alza Jeremías, que predicán la paz cuando en realidad la situación es de una crisis aguda. Disfrazan la situación real con palabras y promesas dulzonas para satisfacer a las autoridades de turno. Dice Jeremías: “¡Ah, Señor! Mira que los profetas les dicen: ‘No verán la espada ni pasarán hambre, yo les daré paz duradera en este lugar’. Y el Señor me dijo: ‘Es mentira lo que éstos profetizan en mi nombre; yo no los he

⁴⁵ Cf. *supra*.

⁴⁶ Cf. *supra*.

enviado, no les he mandado nada ni les he hablado; visiones falsas, vanas predicciones, fantasías de su propia imaginación, eso es lo que profetizan” (Jer 14,13-14). Saliéndome de los límites que me he impuesto a mí mismo, quisiera pasar brevemente al Nuevo Testamento para recordar las palabras de Jesús, el profeta de Nazaret, quien dijo también en forma categórica: “Que tu palabra sea sí, cuando es sí; y no, cuando es no. Lo que pasa de ahí, viene del maligno” (Mt 5,37).

Sin duda un elemento capital en la vida de don Antonio fue la creación de la Universidad Católica de la Santísima Concepción, cuya finalidad, como ya se refirió, es que debe contribuir desde lo que le es propio “a cumplir las justas aspiraciones a un desarrollo respetuoso de los auténticos valores humanos para que así reinen la justicia, la solidaridad frente a todo ser humano y la paz”⁴⁷. Esto encuentra su correspondencia con un rasgo propio del talante profético, quizá su rasgo más propio, que es ser vigilante del cumplimiento de la Alianza. Los profetas surgieron en Israel sobre todo en épocas de grave incumplimiento de la Alianza. Son sus enérgicas voces de alerta que indican al pueblo que se ha olvidado de Dios, incluso en medio de grandes y ostentosas celebraciones cultuales, porque si el culto no va acompañado de justicia y de rectitud es revulsivo a Dios. Por ejemplo, Amós rechaza las fiestas de peregrinación, los sacrificios y holocaustos, y dice que lo que Dios quiere es que el derecho corra como el agua y la justicia como río inagotable (Cf. Am 5,21-24). En el cumplimiento de la Alianza encuentra su fundamento la denuncia que hacen los profetas de los crímenes, la injusticia, la opresión y, en positivo, su lucha por la justicia, la solidaridad y la paz verdadera.

Por último, don Antonio ha dicho que una de las cuantas cosas que han movido su vida “es la pregunta que se hace Israel por la vida y la felicidad”⁴⁸ y que él ve plasmada, entre otros textos, en el pasaje de Dt 30,15-19. Sin duda, la pregunta de Israel la ha hecho suya, constituyendo parte esencial de su enseñanza y ministerio el descubrir y mostrar dónde se encuentra la vida y la felicidad. Esto calza con aquello de que los profetas no sólo denuncian, sino que también anuncian. Y quizá un buen lugar para comprender el ministerio de los profetas sea precisamente Dt 30,15-19 donde Dios pone

⁴⁷ Cf. supra.

⁴⁸ Cf. supra.

a Israel la alternativa vida y felicidad versus muerte y desgracia. Los profetas, entonces, alzan la voz en especial para mostrar a Israel cuando ha escogido los senderos que lo llevan a su destrucción, destrucción autoinducida y no querida por Dios, tal como lo expresa Mons. Moreno al decir que lo que Dios quiere es la vida para el hombre y que “si se hace presente la desgracia y la muerte en la familia humana, no será por una reacción punitiva de Dios sino el fruto de una falsa elección del hombre que se niega a aceptar preceptos morales que, es verdad, trascienden su propia voluntad, pero porque son un don, una gracia de Dios”⁴⁹. El sendero de la vida es el de la fidelidad a Dios manifestada en el cumplimiento de la Alianza. Pero no se trata de una fidelidad arbitraria, porque sí, sino de una fidelidad que es repuesta a la fidelidad de Dios. El primero que ha sido fiel es Dios, pues ha cumplido su promesa de acompañar y sustentar a su pueblo, de liberarlo, de otorgarle beneficios. El núcleo de la fidelidad pedida es la fidelidad dada; y para provocar esa respuesta del pueblo es necesario proclamar una y otra vez lo que Dios ha hecho a favor de su pueblo. Aquí encuentra su sentido el lema episcopal escogido por Mons. Moreno: “Anunciaré tu fidelidad” (Sal 89,2b).

Ahora bien, así como Dios actuó liberadoramente en el pasado, también lo hará en el futuro, lo que lleva a algunos profetas a suscitar la esperanza en esa acción de Dios cuando el pueblo se encuentra en el exilio, que para el pueblo es como estar muerto. En esa situación, Ezequiel anuncia que Dios lo hará revivir liberándolo del destierro y conduciéndolo de nuevo a su tierra (cf. Ez 37,1-11). Es por esto que alentar, dar esperanza, anunciar la buena noticia (= evangelio) del amor fiel y salvífico de Dios es también profético.

Todos estos rasgos se dieron de múltiples formas en la vida de don Antonio; rasgos que, a mi parecer y por los argumentos expuestos, muestran a don Antonio como un verdadero profeta de nuestro tiempo.

Para finalizar cito un párrafo de la presentación que hice del número de nuestra revista *Anales de Teología de la UCSC* que dedicamos como homenaje a don Antonio en su octogésimo cumpleaños: “Los que hemos conocido en mayor o menor medida su vida podemos permitirnos trans-

⁴⁹ Cf. supra.

formar su lema episcopal, jugar, una vez más, a agregar tiempos verbales para resumir la vida de don Antonio en la siguiente frase: He anunciado, anuncio y anunciaré tu fidelidad”⁵⁰. A lo que agrego lo siguiente, decir que tuve o que tuvimos el privilegio de conocerlo sería casi deshonrar su memoria. La honramos en la medida en que seguimos sus pasos en esa senda de fidelidad que él transitó con tanta naturalidad.

Nota recibida el 09 de septiembre de 2013

Nota aceptada el 20 de octubre de 2013

⁵⁰ A. Bravo, “Presentación”, *An.teol.* 9.1 (2007) 6.